

guión

Parece a simple vista que un tema como el de la resurrección de Cristo tiene poco que decir a eso que llaman "el hombre moderno". Son ya muchos (nada menos que 16) los siglos que nos separan de aquellos dorados tiempos en que las mujeres del mercado de Constantinopla se interesaban vivamente por las controversias cristológicas. ¿No sería mejor ceñirnos a temas más actuales, más prácticos, más "batallones"?

Pero resulta que hoy la teología de todas las confesiones cristianas están prestando un interés llamativo (aunque sólo sea por el número de páginas que le dedican los estudiosos) a los problemas relacionados con la resurrección de Jesús.

Y es que cabe preguntarse si nuestra formación cristiana no ha descuidado y olvidado excesivamente lo que constituyó precisamente el núcleo y el punto de partida del cristianismo naciente. En efecto, si le preguntamos hoy a un cristiano dónde pone él lo decisivo e incuestionable de su fe cristiana, probablemente nos remitirá a la divinidad de Cristo, tal como fue promulgada hace 1.500 años por el concilio de Calcedonia. La esencia del cristianismo estaría en un *es*, en una afirmación ontológica: "Jesús hombre es Dios".

Esta respuesta, aparentemente sin consecuencias, entraña toda una concepción del cristianismo: se sitúa, al menos como tendencia, en una línea que subraya excesivamente los "contenidos" ideológicos, olvidando

la dimensión histórica del cristianismo; conduce con facilidad a un cierto fixismo mental, a una concepción legalista de la vida cristiana, a un cierto platonismo desencarnado y despreocupado de la tarea humana.

Pero ¿no significa esta concepción una traición a la realidad histórica del cristianismo? En efecto, un análisis de los documentos que nos ponen en contacto con el cristianismo primitivo nos hace descubrir que el *acontecimiento* fundamental, la experiencia original que sirve de fundamento a toda la fe cristiana quedan cristalizados en la frase "Jesús ha resucitado".

Esta visión lleva consigo naturalmente una concepción más dinámica del cristianismo, menos fixista, más preocupada por hacer realidad hoy la influencia de ese Cristo viviente que lo ha restaurado todo, precisamente gracias a su resurrección.

Ante un hecho tan radical y decisivo es necesario plantearse una serie de preguntas: ¿Cómo nace esa idea en los primeros cristianos? ¿Qué contenidos culturales pudieron influirles? ¿Qué sentido tenían sus afirmaciones sobre la realidad de la resurrección de Jesús? ¿Qué significaba para ellos esa realidad? Y, sobre todo, ¿qué significa la resurrección de Cristo para nosotros, los que celebramos la Pascua de este año 1971?

Son demasiadas preguntas y demasiado fundamentales. Son muchos los volúmenes que se consagran hoy a estos problemas para que en tan pocas páginas tengamos la pretensión de responder a ellos. Pero puede que no sea inútil en estos días de Pascua sensibilizarnos un poco a todo esto que, al fin y al cabo, constituye histórica y dogmáticamente el punto de partida de esta comunidad que hoy se reúne para conmemorar el triunfo de su Señor.

Quizás necesitemos recordar que el poder de la muerte, la única verdadera constante de la historia, ha sido destruido en un momento de ella por Dios, naciendo así una esperanza completamente nueva. Pero el mensaje de la resurrección viene también a recordarnos que Cristo es necesario para que la humanidad llegue a su futuro, un futuro que ella es incapaz de construirse por sí misma.

Granada, en la Pascua de 1971.